

Alicia Plante

La sombra del otro



Adriana Hidalgo editora

Plante, Alicia
La sombra del otro / Alicia Plante. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2016
268 p. ; 19 x 13 cm. - (la lengua / novela)

ISBN 978-987-3793-63-9

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

LA SOMBRA DEL OTRO

la lengua / novela

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© Alicia Plante, 2016
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2016
www.adrianahidalgo.com

Maqueta de tapa: Eduardo Stupía

ISBN Argentina: 978-987-3793-63-9
ISBN España: 978-84-15851-80-6

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Como siempre, Coca y sus comentarios,
Coca y sus ideas,
Coca y sus consejos... Coca.

El alfil estaba perdido, cómo no había visto venir esa trampa detrás del movimiento de la dama. Dudó un instante y volvió atrás dos jugadas, a continuación movió de otra manera y el ataque de la dama se desvaneció, las negras hicieron otra cosa. Detestaba retroceder, pero lo hacía, casi siempre. En general, varias jugadas, a veces con una era suficiente. Y entonces ganaba. Que igual había que ganar, eh, aunque no la llenara de orgullo hacerlo así. Eran raras las partidas en que no volvía atrás ni una vez, en la mayoría de las ocasiones por no concentrarse y analizar el tablero, cuando pensar era algo característico del ajedrez, que el jugador se tomara su tiempo para elegir el mejor movimiento, para implementar una estrategia, que ensayara mentalmente varios movimientos y eligiera la opción con mejores perspectivas. Ella en cambio parecía mordida por una absurda impaciencia. Pero era algo importante para ella esto del ajedrez contra la computadora, se había convertido casi en una adicción. Dejaba de hacer otras cosas por sentarse frente a la *notebook* y jugar varias partidas, una tras otra. El objetivo era aumentar su porcentaje de éxitos, por

supuesto, que rondaba el setenta por ciento de triunfos en el tercer nivel. Pero esto de volver atrás era como un pecado vergonzoso que arruinaba todo, que le quitaba legitimidad a su puntaje. Una amiga le había dicho con cierto despecho que hacía trampa... No era verdad, el programa era para que el jugador aprendiera equivocándose, por eso se podía volver atrás, para corregir los errores y descubrir sus consecuencias, para no repetirlos, para descubrir alternativas. Y ella había mejorado mucho. Pero cada tanto la acusación volvía a sonar en su cabeza. Además, si jugaba para aprender, ¿por qué estaba pendiente del puntaje? Claro.

De chica su único adversario era Abel, que no se lo hacía fácil, si no qué valor habría tenido ganarle esas dos veces. En aquella época Laura analizaba las jugadas más que ahora, el padre no le permitía volver atrás, no se acepta, ningún jugador serio retrocede, decía, y vos podrías dedicarle tiempo y competir. Le había comprado un libro de Filidor que ella nunca leyó completamente, nunca armó el tablero para reconstruir las partidas del campeón, ver cómo ganaba, para registrar la belleza de su inteligencia. Esta costumbre de jugar contra la máquina había empezado en Barcelona junto a cosas que crecieron con la soledad y el tiempo libre, como multiplicar la lectura, los conciertos, las retrospectivas, llenar los huecos de la vida que la enfrentaron a partir del divorcio de Ramón, el gitano propio. O quizá era una forma de hacer contacto imaginario con Abel, eso también lo pensó, una sola

vez en los catorce años que vivió en Barcelona vino el padre desde Madrid a visitarla. Al principio había sido, poco después de llegar ella, cuando abandonó la Argentina por motivos en el fondo no tan distintos de los de él una década antes, en plena dictadura. Entre saber que lo seguían, que lo tenían marcado y que el peligro de ser chupado por los milicos era real, y la decisión de Laura de dar la espalda al país prostituido, el de los valores y objetivos obscenos del menemismo, la diferencia había estado en los riesgos que corría el cuerpo. Los cuerpos. Laura no había estado en peligro de muerte durante esa época impúdica, pero sentía cómo se intentaba convertir el peso del pasado reciente, su dolor por los dos amigos desaparecidos, en un irrespetuoso juego de oratoria. Todo lo que no era su integridad física corría el riesgo de desaparecer, en la furia, en la impotencia, en la pena. El sentido mismo de seguir adelante se enturbiaba en medio de la fiesta menemista. Antes, durante la dictadura, las ideas habían costado la vida a miles, gente torturada y asesinada, en muchos casos sólo por pensar. En los noventa, cuando las circunstancias colmaron su copa y se fue para preservar la salud mental, lo que estaba en peligro, aunque de un modo más sutil y pernicioso, también era la vida, el sentimiento renovable de la vida como un bien amenazado por la banalidad, la ignorancia y la codicia.

Había sido hermoso aquel reencuentro con su padre en Barcelona. Abel ya no era el bohemio que

se jugaba entero por un amigo, el que la llevaba con él a todas partes y compartía con ella sus momentos jodidos, estuviera o no preparada para comprenderlos, había sido un encuentro entre adultos. Ya no existía aquel departamento asombroso en pleno Once, en las penumbras arboladas de la calle Hipólito Yrigoyen, un frente ornamentado que parecía inspirado en el modernismo de la Barcelona que luego Laura recorrería a diario. Ahí funcionaba la redacción de su precaria revista cultural y el periódico que Abel había inventado más que nada para tener dónde hacer públicas sus ideas. Lo mantenía a duras penas, sobre todo en los últimos años, cuando descartado por su mujer, definitivamente harta de sus delirios, de lo que ya no veía como rasgos inmaduros pero románticos, se había instalado allí, en un rincón habilitado para la cama, rodeado de papeles, libros, ejemplares no vendidos de viejos números de la revista, máquinas de escribir en diversos grados de deterioro y todo tipo de elementos relacionados con la actividad de periodista. Que lo era, Abel. No obstante, varias veces había debido pedirle unos pesos a su exmujer para pagar el alquiler. Ella protestaba y al fin proveía, tenía con qué. Además, desde fuera de casa Abel era más soportable, su única condición para ayudarlo era que no mintiera, y él descubrió que ya no era necesario inventar compromisos humanitarios ni necesidades dramáticas. La situación era rara: sus ocasionales entregas de algún dinero para contribuir a la manutención de su hija se habían convertido en

limosnas para su propia subsistencia. Él no sentía vergüenza. Laura sí, pero hundía el sentimiento en la profundidad de su inconsciente, de donde recién lo dejaría salir muchos años después, transformado en pena por aquel hombre triste y encantador del que nunca se apartaría completamente.

La máquina emitió un suave sonido agudo que parecía destinado a recuperar su atención. Miró el tablero y tomó un sorbo de vino. Las piezas, inmutables, parecían pequeños seres de otro planeta desparramados sin lógica sobre el piso de una cocina antigua. Llevaba un alfil y un caballo de ventaja, se acercaba otra victoria sobre el rival. Una situación de riesgo, sin embargo, porque había un error que, precisamente en esas circunstancias, cometía con frecuencia y la enojaba más aún que volver jugadas atrás: encerrar al rey enemigo, que solo, o acompañado por peones inmovilizados, ya no tenía adónde mover sin entrar en jaque. Una situación buscada por la máquina y que ella permitía al no lograr liquidarlo con un jaque mate. La partida terminaba en ese mismo instante con pérdida de puntos para ella, ni siquiera sabía cuántas partidas ganadas le anulaban por este error, por mover sin analizar el tablero, pero seguramente eran por lo menos dos. “No encerrarás al rey.” Parecía una consigna contrarrevolucionaria.

Sintió que Nano la miraba fijo. El reloj marcaba las diez y veinte. Tomó el último trago de su copa de vino. Se dio vuelta y ahí estaba Panna, hecha un gran

ovillo en su colchón, una oreja dada vuelta. Tan suaves aquellas orejas. Era temprano, esperaba para bajarlos.

—Qué pasa, Nano. No es tarde.

Él movió la cola rapidito y corto. Era mucho más meón que Panna. Sobre todo ahora que se estaba poniendo viejo, con los años que tuviera, un secreto de los perros rescatados. Se estiró en la silla, los brazos en alto, los pies casi tocando la pared. Tenía las piernas largas, cuando era chica Abel la hacía caminar ligero, casi al trote iba junto a él, era por eso que le había salido alta decía después, cuando Laura fue creciendo. Él, en cambio, era medio retacón, compacto, flaco también pero musculoso. A ella le gustaba que su padre tuviera ese cuerpo fuerte, no para que metiera miedo, igual no era un tipo de buscar pelea, pero cuando a la salida de la escuela la llevaba a la editorial o después, en el bar con sus amigos, Abel se hacía valer, a él siempre lo escuchaban. Y ella descansaba en eso, y por momentos prestaba atención a otras cosas, a lo que pasaba en otras mesas, en la calle, por la ventana. Pero también los oía a ellos, a los cuatro y a él, esos tipos que sabían que había una nena sentada a la mesa, pero como todas las tardes estaba ahí, medio se olvidaban de ella y no se cuidaban en lo que decían. Sin caer en groserías, a lo sumo una puteada seguida de una miradita de reojo hacia la pendeja que simulaba distracción, y surgía el tema de las minas, de esta o aquella, la de uno u otro. Laura ya les conocía los nombres, lo de anoche con Dorita y Héctor; los celos atroces de Rober, su angustia, el deseo y el despecho

quemándole las tripas; la otra, la del flaco Luis, que lo basureaba porque su sueldo era más alto; o la bella Pilar, la que seguro que se tiraba al compañero del laburo, la tenía que dejar, decía Orlando, total, siempre estaba en reserva la “alpargata rosa”, fea como un susto pero fuerte de caderas, y por qué le decís así, había preguntado Abel sonriendo a cuenta... porque ningún tipo se la quiere poner; pocos eufemismos. Abel, en cambio, no hablaba de mujeres, él se entusiasmaba con otros temas pero nunca los interrumpía. De cualquier modo ella pescaba al vuelo los comentarios, salvo el de la alpargata rosa, nunca había visto una, un misterio profundo durante años, y mientras se comía los maníes y los miraba con expresión ausente para que soltaran la lengua. Si la madre hubiera sabido... pero ella tampoco comentaba jamás que Abel la llevaba con él a todos lados, que presenciaba esas charlas de hombres que no eran para su edad ni su sexo, que la trataba como si fuera un varón, el que no había tenido y decía no haber querido. “Yo no hubiera tenido hijos, entendés, ninguno... pero tu vieja... esa se las sabe todas.” Y no era necesario que agregara nada para mitigar la pena porque no la había, Laura estaba segura de su lugar junto al padre.

—Dale, Nano, Panna, vamos a la calle.

Palabras mágicas. Los collares y las correas, las bolsitas, sus llaves. Eran las diez y media ya, pensó mientras esperaba el ascensor, y ni siquiera había comido la milanesa con puré comprada en la esquina. Debía estar helada.

El sonido del agua era inconfundible, agua cayendo, como si la salpicara. Lo sintió tan cerca que empezó a mirar hacia afuera, un palier tras otro, sexto, quinto, nada. Pero en el cuarto sí, a la luz lechosa de las lámparas de bajo consumo pudo ver el charco, pero no era un charco quieto, el agua brotaba por debajo de la puerta. Ahí no hacía ruido, el ruido era abajo, en la planta baja, el agua cayendo por el hueco del ascensor... Abrió la puerta con un movimiento firme y el motor se detuvo. Estaba casi en el tercero, volvió a subir al cuarto y salió al palier. El timbre, con insistencia, una, dos, varias veces, el agua mojaba las suelas de sus zapatos y las patas de los perros, qué problema si la bella rubia del cuarto no estaba y había dejado una canilla abierta. Podía haber un cortocircuito en cualquier momento, bueno, los motores estaban arriba, pero igual abajo había cables, conexiones, seguro... y toda esa agua cayendo encima. Golpeó con el puño de costado. Nadie respondió. Tal vez la mujer se había descompuesto, no sería tan raro. Eso siempre puede pasarle a la gente que vive sola...

Decidió que bajaría los perros sólo hasta el árbol de la puerta, ya los haría caminar más tarde, cuando hubiera visto qué ocurría con su vecina. Rodolfo debía tener llaves, era un tipo organizado. Entraría con él, se dijo, y verían cuál era el problema.

Sí, Rodolfo tenía llaves, pero no estaba dispuesto a usarlas. Subió hasta la terraza y cortó el agua, pero entrar, no. Sus ojos llenos de sueño y desgano la miraban tercamente.

—No. Ni loco me voy a arriesgar, usted no sabe lo que es la policía con estas cosas. Mire si... qué sé yo, puede haber pasado cualquier cosa. Yo no abro. Llame al administrador, que venga él si quiere y abra. Bajo su responsabilidad.

Pero Michelli no contestó el teléfono y Laura insistió inútilmente. Sentía que estaba respirando mal, algo que le pasaba ante cualquier crisis, un resabio de la infancia. No le gustaba la situación, finalmente tendría que ser ella la que se jugara, y no le hacía gracia ese paso en falso, aunque la policía quizá no se pondría pesada con una vecina en estado de alarma, después de todo ella a Ana, su vecina del cuarto, la conocía más o menos; Laura no era alguien que se tomaba atribuciones sino alguien preocupada. Volvió a marcar el número del administrador y después su radio llamada. Ahí por lo menos le tomaron el mensaje. Se quedaron esperando unos minutos ante la puerta pero no hubo reacción.

—Abra, Rodolfo, yo me hago responsable.

La puerta barrió hacia la derecha el agua amontonada detrás, y a contraluz Laura pudo ver algo como una pequeña oleada que se apresuraba desde el baño para restablecer el nivel. Una luz brillante parecía llamarla desde allí, más brillante que la que iluminaba el living. La respiración se le aceleró más mientras chapoteaba hacia esa luz, hacia su intensidad casi escenográfica.

Ana era una mujer hermosa, su imagen de ella era esa, la de una hermosa mujer de unos cuarenta y pico que conservaba intacta la seguridad de su propia belleza, y sin embargo, dudaba siempre de ser percibida de ese modo, como si tuviera que convencer al otro de algo que sólo ella sabía. Una información que no le servía para nada. Incluso algunas veces la duda la infectaba: después de todo quizá tenían razón. Quizá sus artes de seducción no eran eficaces. O suficientes.

Laura la había mirado, siempre le llamaban la atención las mujeres hermosas, nunca se había detenido a analizar por qué o hasta qué punto era infantil ese atávico sentimiento suyo, siempre subyacente en la penumbra, por el que se asombraba vagamente de que las mujeres bellas pudieran tener problemas. Respecto de sí misma se sabía serena, de noble perfil y mirada inteligente... pero no era hermosa, eso también lo sabía. Ana, en cambio, esa piel luminosa que tenía, como una transparencia. Había comprado el departamento del cuarto piso unos años después de volver Laura de Barcelona, de que se instalara nuevamente en casa de su madre. Y a partir de cruzarla en la entrada o

en los ascensores, sin que mediaran otros contactos o encuentros, Ana se convirtió para Laura en una vecina separada del resto. Sobre todo le llamaban la atención sus ojos, de un verde inusualmente pálido, algo que le daba una expresión extraña, entre deslumbrada y pensativa, como si lo que fuera debiese analizarlo mejor.

Ahora estaba ahí y no le veía la cara, era desde las imágenes guardadas en su memoria que la reconocía. Con medio cuerpo colgando fuera de la bañera, la cabeza casi enteramente envuelta en el derrame de pelo rubio, la pálida piel de la espalda esmaltada todavía por el agua. *O quizá por la humedad del ambiente*, pensó. La tomó del brazo derecho que se apoyaba en los mosaicos blancos y negros del piso, los dedos doblados, inermes, enfriados. Metió una mano en el agua caliente de la bañera y levantó el otro: la sangre seguía brotando lenta, como cansada, de cortes profundos y ensanchados como párpados, pero entonces Ana estaba viva, Laura no sabía cuánto.

Lo primero era sacarla del agua rosada que se volcaba desde el borde, todo alrededor, como un manto líquido, untuoso, de aquel color aterrador. Pero no sería fácil levantarla.

—¡Rodolfo, venga por favor, ayúdeme!

Rodolfo tenía sus años y su panza, pero también una larga historia de uso de los músculos así que supo qué hacer, dónde ubicarse para levantar aquella figura blanca, laxa, dramáticamente desnuda. Laura se alegró de que la impudicia de la situación no lo cohibiera.

Con una mano calzada debajo de cada brazo y un gesto del mentón que puso a Laura a repetir la estrategia con los pies, la sacaron del agua que la envolvía tenaz con sus dedos chorreantes y parecía poco dispuesta a entregarla; la levantaron, la cabeza colgando para atrás, parte del pelo rubio pegado en la frente como un trapo, sobre un ojo y la boca que se abrió, otro mechón cubriendo una muñeca de Rodolfo que no hizo nada para apartarlo. La depositaron en el piso empapado, del que el charco, sin embargo, disminuía poco a poco por la puerta de entrada abierta. Laura miró su piel, su carne: sin compasión la vida mostraba su transcurso... *fiera venganza la del tiempo*, pensó sin música, pero no perdió tiempo, era como si órdenes precisas le vinieran de algún lado, quizá del hospital de Barcelona, donde había atendido a pacientes externos, varios precisamente por cuadros de depresión aguda e intentos de suicidio, y los contactos casi ambientales con la urgencia, con la crisis, con la respuesta adecuada de los médicos: caminó hasta la ventana y arrancó una delicada cortina que no le costó rasgar en tiras anchas. Rodolfo, mientras tanto, él también mojado por cada cosa que hacía, manoteaba las canillas y las cerraba con fuerza. *Sabio*, pensó Laura de reojo: que el agua no empezara a correr de nuevo cuando se abrieran las llaves de paso. Pensó que después sacaría el tapón de la bañera pero decidió que no, quizá la policía querría analizarla. Lo primero era el torniquete; lo segundo, levantarla y llevarla hasta la cama, secarla, abrirla,

poner al máximo la estufa. Lo tercero, llamar al SAME. Y a la policía. Rápidamente. Dar la dirección, describir el cuadro, la urgencia, lo hecho, pedir consejo. Al SAME, por supuesto, no a la policía. Y enviar a Rodolfo a esperarlos en la puerta, estaba claro que no había tiempo que perder.

Se quedó mirándola largos segundos. No aparecía ningún movimiento en los párpados cerrados, en la boca. Nada. Pero la oía respirar con un pequeño ronquido. La abrumaban ideas imprecisas de la muerte, el asombro profundo de siempre, nunca entendería. Curiosamente fue Abel quien apareció en su ánimo oscuro y no su madre, muerta poco antes con ella a su lado. No como él, solo en Madrid, en aquel hospital desangrado al que lo llevaron cuando se infartó en la calle y al que ella llegó tarde. Si otro borrachín del bar no se hubiera acercado a la aglomeración de la esquina, si no se hubiese puesto a hablarle y acariciarle la cabeza al compañero desmayado en la vereda, si la policía no hubiese localizado a través suyo el hotelucho en que vivía Abel, su habitación, sus documentos, si no hubiesen estado ahí, en un cajón, una libreta y los datos en Barcelona de una mujer de apellido Requena, como él...

Cerró con fuerza los ojos: estaba aquí, ahora, ante esta situación... Por supuesto, una prepaga, Ana debía tener una, y había un carnet, en algún lugar. Quizá en un hospital supieran mejor qué hacer, los suicidas fracasados debían ser cosa de todos los días, pero quién

era ella para decidir, si la mujer tenía un servicio particular debía avisarles, llamar.

Abrió el cajón de la mesa de luz, revolvió con algún escrúpulo, haciendo un esfuerzo para no sentir nada, para no mirar los objetos personales que la vida había acumulado allí, pero el carnet no estaba, claro, ese no era el lugar apropiado. En cambio encontró tres libretas iguales, pasó las hojas con el pulgar: anotaciones de alguien solo, el diario de Ana quizá... Sin pensarlo ni un instante se las puso en los bolsillos de la campera; el celular, junto a la lámpara, lo deslizó también como un pez en otro, casi sin tocarlo. Le tenía miedo a la policía. Entre otras cosas. No le habían hecho nada, es decir, no la habían golpeado, torturado, maltratado especialmente. La habían detenido, preguntas prepotentes, miradas torvas, hostiles, no se estudiaba psicología en la Argentina impunemente. No entonces. La elección de la carrera era en sí misma una declaración de principios, una provocación. Y el cana de la Facultad se la tenía jurada, ella algo le había dicho, el hombre estaba a cargo de aquellas aulas, las recorría, a los que se presentaban a dar examen les hacía apilar las carteras en el suelo. Y con ella tenía pica, algo le pasaba. Laura se había asustado un día, una cosa rara que en lugar de paralizarla la hacía ir al frente y decir cosas, y el tipo registraba todo eso. Era algo medio personal, lo recordaba, era gordo, una panza enorme, indecente, ella se la miraba, a lo mejor había sido sólo eso, no se acordaba. Pero hoy no dejaría nada para que lo recogieran ellos, nada de

Ana, la vecina rubia, hermosa. Una vez más la rebeldía, el desafío. Sería peligroso pero no iba a dejarles nada.

Bajo la silla, en un rincón, medio oculta por ropa que Ana había dejado tirada, vio su cartera. Por supuesto, la credencial estaba adentro, y Laura llamó. Ana Rizzi, su afiliada. Que vendrían de inmediato. No les dijo que había hablado con el SAME un rato antes. Dejó la credencial ahí, sobre la mesa de luz. Algo tenían que encontrar o desconfiarían. Volvió a mirarla, estaba igual, quizá algo más demacrada, más de cera la cara, se le cruzó la idea de que parecía embalsamada. Pero estaba viva, pensó, qué estupidez, cuerpos embalsamados. “Quizá te salven en el hospital”, le dijo en voz muy baja mientras con un gesto extraño, casi de afecto, le sacaba el pelo mojado de la cara.

—Voy a leer lo que escribiste —agregó—. Voy a ver qué te pasaba, por qué te cortaste. —Recordó en ese momento que unos días atrás Ana había subido hasta su casa. Que la representara en la reunión de consorcio quería. Después de lo que había insistido con que arreglaran la entrada y pintaran los pasillos. Ella, Laura, no estaba de acuerdo, era un gastadero de plata sólo para que pareciera un edificio de ricos en lugar de un mausoleo, un monumento a una clase social a la que no le interesaba pertenecer. Más importante eran otras cosas, mucho más básicas: cambiar los motores de los ascensores, arreglar esas humedades que volvían locos a los dueños de varios departamentos, impermeabilizar la terraza sobre el último piso. En fin, ella no iba a discutir con Ana, su

sonrisa la desarmaba, pero no apoyaría su propuesta. Y de pronto, justo cuando iba a tratarse el tema, Ana quería delegar en ella. Imaginate, que la representara había querido... y ahora esto. No tenía presente aquella propuesta suya en el momento de meterse las libretas en el bolsillo, pero era tan simbólico todo...

No la había visto bien esa tarde. Ana no era de maquillarse, aquella piel suya, tan tersa, no necesitaba ayuda. Pero la vio mal, el pelo como sucio, atado en la nuca sin rastros de su malicia. Ella siempre lo llevaba suelto y echaba atrás lo que le avanzaba sobre los ojos con un gesto muy propio, mientras mantenía la mirada honda en el mismo lugar. Los labios sí, generalmente se los pintaba, pero aquel día estaba inexpresiva, pálida, un poco ojerosa. Pensó que habría dormido mal, iba a preguntarle pero se calló la boca. Su actitud no daba para conversar.

—¿Querés pasar? Tengo café...

—No, ya me voy. Gracias por todo... —agregó caminando hacia el ascensor, la cabeza ligeramente girada hacia ella, pero no del todo, no la miraba, conformate. Había hecho un esfuerzo para sonreír pero no le salió bien, pasa eso, de lo peor para fingir, una sonrisa. Se había quedado mirándola mientras entraba en el ascensor, la puerta abierta, esperando, todo preparado para la huida, pensó, a Ana no le interesaba hablar con ella, con nadie tal vez. Sabía cómo era eso, pero la sorprendió, su vecina no daba depresiva, o se armaba bien. Además, recordó, no estaba sola, tenía un amigo, un

novio, algo así, ella lo había visto abajo. La primera vez sólo registró al hombre agradable, no podía saber quién era, ella venía del supermercado y el tipo abrió y se hizo a un lado para dejarla entrar. En el ascensor, dedo en el aire y sonrisa, le preguntó a qué piso iba: “ah, yo bajo antes”, dijo, y marcó el cuarto. Laura lo vio caminar hacia la izquierda, a lo de Ana iba.

La segunda vez el tipo repitió el esquema pero Laura no venía del súper sino de pasear los perros. Quizá distraído por los husmeos de Panna, siempre confianzuda con la nariz, intentó meter en la cerradura una llave que no era: “ah, no”, murmuró, separando otra llave, “esa es de arriba”. Entraron juntos al ascensor y el tipo no preguntó nada. Marcó el cuarto y la miró sonriendo con expresión de me acuerdo, vos vas más arriba. Miró a los perros sin tocarlos. Panna insistió con la nariz y él le apartó la cabeza con un gesto terminante. No debían gustarle.

Laura miró el reloj, iba casi media hora desde que entraran al departamento, unos veinte minutos desde que llamara al SAME. Esperaba que llegaran antes que los de la prepaga; más ruido que nueces esos servicios, convencidos como parecían estar de que podían convertir la enfermedad en una situación elegante, todo un montaje empresario para disociar los problemas de salud del miedo y la miseria. Sin embargo, la enfermedad era una mierda y por supuesto que daba miedo, pero esa gente tenía pericia en su complicidad con los esfuerzos de clase del enfermo. Igual, qué querés, la experiencia y la formación de los profesionales a

cargo de emergencias en los hospitales seguían siendo superiores, gente honestamente preocupada por salvar al paciente, no por las estadísticas negativas o la hotelería. Los había visto funcionar, en Barcelona y en Buenos Aires, a pesar de los tremendos problemas de presupuesto y de la burocracia. Nada que fuera negocio podía sustituir el hospital. Que además era gratuito.

Se alejó unos pasos de Ana, entró al living y con cierto pudor encendió las luces; apareció un entorno de espacios libres, de objetos exquisitos, cada cosa elegida con cuidado, la armonía interna, natural de lo bello, ahí no había criterios de decorador sino instinto, tan diferente de su propio paisaje cotidiano que le costaba reconocer que la distribución de los ambientes era idéntica. Lo armado por su madre, por su abuela, mujeres viejas, con ese gusto tétrico por lo oscuro, muebles pesados, enormes, como una familiaridad cómoda con lo triste. Los cuadros, los adornos, hasta el color de las paredes... estaba claro que el momento para cambiarlo todo era este, siempre se lo decía, que ahora no necesitaba convencer a nadie. Por qué le costaba tanto, mirá esta mujer lo que había hecho.

Algo había comentado una vez Abel, sólo una, sobre la casa en la que vivía con su mujer y su hija, la de sus suegros, algo sobre el olor a viejo, que lo enfermaba. Para ella el comentario, en voz baja, mal podía quejarse de tener casa y comida gratis, vivir de arriba gracias a los beneficios de la distribuidora de vinos del abuelo, y Laura lo registró pero nunca hizo nada con aquella

sensación hasta el día en que volvió de España. Víctor, su tío, el que había cedido su dormitorio al nacer Laura, estaba muerto. Los abuelos también, sólo quedaba su madre, una sombra de la mujer que le había señalado la puerta a Abel. Víctor, el gordo demasiado blanco, demasiado suave, el de más sombras que luces, había muerto de un coma diabético. Nunca quedó claro por qué había propuesto por propia iniciativa lo de irse a vivir con un amigo cuando esta nena nueva empezó a recortarse contra el horizonte de la familia. La abuela en cambio, de puro vieja había sido, eso le dijo su madre, que una mañana había amanecido muerta. Y Laura no preguntó. A veces la sensación era que el padre había sido su única familia.

Avanzó hacia la puerta de entrada como si hubieran tocado el timbre. El agua seguía pasando lentamente hacia el palier pero quedaba poca. Y nada había explotado abajo, donde estaban los cables y todas esas cosas de los ascensores. Notó que el piso de parqué debía tener desniveles que el agua delataba, habría que secar aquellos charcos, pero por supuesto no lo hizo. Sus zapatos estaban empapados pero por suerte el calor de los pies predominaba; se apoyó en un perchero de madera y acero que había a la entrada para mirar las suelas y, en medio de otros objetos y papeles, vio el bol con un juego de llaves, seguramente las de Ana. O sea que probablemente la mujer había cerrado desde adentro, ella había observado la maniobra de Rodolfo para abrir la puerta: no era sólo el pestillo, había girado dos veces cada llave.

El médico a cargo era un peruano que en un primer momento no le pareció muy seguro de lo que hacía. Se preguntó qué había esperado, no un peruano seguramente, y la inundó un profundo silencio interior ante la evidencia de prejuicios insospechados, larvados, a la espera de una situación concreta que la pusiera a prueba. Qué hipócrita, se dijo, mientras los supuestos inconscientes con los que siempre se había manejado tambaleaban escandalosamente. Un joven médico argentino, de mejillas bien afeitadas y mirada inteligente, alta la cabeza, contemplando al frente el sueño de un brillante porvenir... los triunfadores del mañana, como decían las publicidades de Academias Pitman... Qué vergüenza, tendría que analizar estas imágenes, estas ideas, nada risibles. El muchacho se acercó a Ana, le tomó el pulso con la derecha mirando el reloj de la izquierda, le examinó las conjuntivas y con dos gestos eficaces le puso la banda en el brazo y le midió la presión. Mientras miraba el relojito movió un poco la cabeza de costado. Como si pensara. Como si tuviera que tomar una decisión. Como si no le gustara lo que veía. De pronto se dio vuelta y pareció no ver